

LO PROBABLE

Para probar la inconsecuencia de los partidos cuando decidieron abandonar la «ruptura democrática» y acogerse a la hospitalidad «a mesa y mantel» de la Reforma, no basta con demostrar que la democracia era posible. Pues entre la posibilidad y la necesidad se abre un espectro de expectativas que ofrece siempre un sitio, «entre la copa y los labios», para frustrar lo probable. Y lo que importa, en la Transición española, es la total arbitrariedad de la causa que frustró la ruptura democrática de aquella legalidad dictatorial, cuando el proceso de liberación estaba realizado en lo más difícil. El Referéndum autoritario a final de 1976 aumentó la credibilidad de la Reforma liberal de la dictadura. Que de ser algo posible, con Arias, se convirtió de repente, con Suárez, en algo probable. Los partidos integrados en la Platajunta, salvo el PC, fueron demasiado tibios en la campaña por la abstención. Al comenzar el año 1977, el futuro político estaba pendiente de un hilo. El grado de probabilidad de triunfo de la Reforma estaba empatado con el de la Ruptura.

Por ser dos procesos de carácter voluntario, promovido uno por un Estado dictatorial predispuesto a otorgar libertades, y otro por la Sociedad civil dispuesta a conquistarlas, todo dependía de la firmeza y determinación de los dirigentes de ambos en la persecución de sus objetivos antagónicos. No se trataba de dos caminos diferentes para llegar a la misma meta. La Reforma no podía permitir que el pueblo eligiera la forma de Estado y de Gobierno, ni que los hombres de la dictadura se apartaran del poder estatal. Mientras que la Ruptura exigía la apertura de un período constituyente de la democracia. Tampoco se trataba de elegir entre Reforma o Ruptura, pues las concesiones liberales dependían exclusivamente de la voluntad del Estado. Nada impedía que, con la legislación reformista, la Ruptura continuase su proceso con más facilidad. Y es absurdo pensar que alguien se opusiera a conseguir mediante un pacto con el Gobierno lo mismo que hubiese obtenido con el enfrentamiento. Pero era contrario a la lógica política, al buen sentido, al respeto de sí mismo, al deber de coherencia y a la necesidad de lealtad con los demás, que la alternativa Reforma o Ruptura se resolviera con una mera elección entre una de esas probabilidades. Un tipo de elección, propia del probabilismo, que no puede hacerse sin que medie la traición.

La elección probabilística, en la que se inspiró la casuística del jesuitismo, sacrifica los principios a la situación, no «el caso» a los principios. Su justificación moral la inició un dominico de Valladolid, Bartolomé Medina (1525-1580): una opinión probable puede admitirse incluso en el caso de que la opinión opuesta sea probable. Sobre todo si se hace más probable («probabilior») con el paso a ella de la opinión adversa. Éste ha sido el



fundamento doctrinal de la traición en todas las éticas de la situación, tan consustanciales a la filosofía mundana —desde el prudencialismo de Gracián y el circunstancialismo de Ortega al situacionismo de Aranguren—, y a la triste tradición del pactismo político. Que se hace siempre sobre las espaldas del pueblo. Llamo traición al acto de sacrificio de la democracia que realizaron los partidos ilegales, en aras de su legalización y de su participación en un sistema oligárquico de poder estatal. Una traidora violación del compromiso público de abrir una fase constituyente de la forma de Estado y de Gobierno mediante elección popular, que todos los partidos perpetraron tan pronto como fueron invitados a entrar en Palacio, un año después de firmar ese compromiso y gracias a la elevación política que de ellos hizo el movimiento social por la ruptura democrática. No los llamo traidores por el mal gusto de usar palabras fuertes, cuando son gratuitas, sino porque no hay otra que defina mejor la felonía probabilista.

Antonio GARCÍA-TREVIJANO

SÁHARA IRREDENTO

En esta semana que iniciamos, durante los días 16, 17 y 18, se va a realizar la visita del nuevo rey de Marruecos, Mohamed VI a España. La indicada visita pone sobre el tapete los numerosos problemas que afectan a nuestras relaciones desde las reivindicaciones marroquíes sobre Ceuta y Melilla a los problemas pesqueros y de exportaciones de productos agrícolas o la emigración marroquí hacia España. Pero, sobre toda otra cuestión emerge, el problema étnica y jurídicamente más importante y que nos afecta de forma directísima a los españoles y españolas: el de la situación del pueblo saharauí, a quien se ha arrebatado el derecho de decidir y organizar libremente su futuro.

En la historia de las descolonizaciones que con sus luces y sombras ha llenado la segunda mitad del siglo XX, la del Sáhara Occidental resulta especialmente escandalosa. Y es un balón para nuestro país. Como es de todos sabido, tras la organización de la Marcha Verde, bien equipada y montada con la ayuda de la CIA, la colonia fue precipitadamente abandonada, mientras el Dictador agonizaba, y quedó ocupada por el reino marroquí, desencadenándose una guerra en que los saharauis defendían su independencia. Posteriormente la



ONU en 1991 formuló el Plan de Paz en que se preveía la celebración de un referéndum de autodeterminación. Pero la realización de dicho referéndum ha sido sistemáticamente obstaculizada por el poder marroquí que no renunciaba a la anexión y realizó múltiples manipulaciones sobre el censo de posibles votantes, con objeto de asegurarse un resultado favorable, si el referéndum se realizaba. Hemos llegado así a una situación en que con la pasividad y complicidad de las Naciones Unidas el referéndum parece esfumarse en el horizonte. Indignante situación en que los sucesivos gobiernos españoles no han movido un dedo para cumplir sus obligaciones como antigua potencia administradora.

El nuevo monarca marroquí anuncia repetidamente su propósito de democratizar progresivamente las instituciones y la vida de su país. Pero ha afirmado también taxativamente que no renuncia a mantener el dominio sobre el Sáhara Occidental, aunque nada puede ser más contradictorio con la democracia que mantener bajo su égida unos súbditos forzados.

No sería ocioso comparar esta situación con recientes casos que guardan similitud. Pensemos, así, en Timor Oriental. También Indonesia se negaba sistemáticamente a que el futuro de dicha comunidad pudiera ser decidido por referéndum. Y en el recuerdo de todos está la violencia sangrienta, también en este caso con gran pasividad de los poderes internacionales, que acompañó a la realización del proceso, que decidió la independencia. Pero el gobierno portugués en todo momento realizó todas las presiones posibles para que el referéndum tuviera lugar. Y es un ejemplo de nuestros más inmediatos y fraternales vecinos que los gobiernos españoles deberían imitar, si aspiran a un mínimo de dignidad.

Y resulta interesante contrastar semejantes inhibiciones con el interés mostrado por las grandes potencias agrupadas en la OTAN ante los invocados derechos de los albanos-kosovares, defendidos tan a sangre y fuego, que llevaron al bombardeo de Yugoslavia como pretendida potencia opresora. De aplicarse las mismas y brutales directrices de acción habría que bombardear Marruecos. Cosa que naturalmente está tan alejada de mis deseos como de las intenciones de la política imperialista que ve en Marruecos un baluarte de sus intereses frente a la agitación del mundo islámico.

Pero para los intereses de nuestro país, en cambio, el Sáhara Occidental sería un excelente aliado, que ha tratado de mantener nuestra cultura y sus vínculos con la antigua potencia colonial, a pesar de la defección de los gobiernos hispanos. Y si he hablado de los gobiernos no estaría de más aludir a los Partidos. Sólo Izquierda Unida, por ahora, ha defendido los derechos de los saharauis. ¿Qué actitud va a adoptar la «renovada» dirección del PSOE, ante este importante problema? Ya ha sido convocada una manifestación, para recordar al Rey de Marruecos el imperativo de respetar la voluntad de los saharauis por la Asociación de Amigos del Pueblo saharauí, el próximo 19. ¿Permanecerán nuestros políticos ajenos a la gran responsabilidad que a todos nos afecta?

Carlos PARÍS

CLIENTES TURCOS

Los amigos de Juan Bravo recuerdan ahora que cuando el Gobierno de José María Aznar se empeñó en impedir que el Parlamento vasco cediese su sede a los separatistas kurdos, sabía perfectamente lo que hacía. Y traen el caso a colación porque el espía militar ha sabido que la marina turca estudia ahora la posibilidad de dotar a su flota con varias fragatas y que nuestros astilleros Bazán pueden llevarse un contrato que aseguraría años de trabajo para la empresa.

Pero hay más: junto a las fragatas, los almirantes turcos piensan muy seriamente en completar el despliegue de su flota con un portaaviones ligero, del estilo del «Príncipe

de Asturias» de la Armada española, o del «Chakri Naruebet» en servicio en la Armada de Thailandia, construidos ambos por Bazán.

Turquía, que está en el camino de reunir una de las mayores flotas de la OTAN, tiene en el Ejecutivo español, además de un socio en la Alianza Atlántica, un amigo que supo evitar que los separatistas del partido comunista kurdo fuesen recibidos con honores en un parlamento de España. Este favor político ayudará a un astillero que tiene la bien ganada fama de ser uno de los cinco mejores constructores de buques de guerra.

Juan BRAVO

